

*La chica de la carta*

NOVELA|**B**erenice



EMILY GUNNIS

*La chica  
de la carta*

Traducción de Ignacio Alonso Blanco



**Berenice**

COPYRIGHT © 2018 EMILY GUNNIS

First published in Great Britain in 2018  
by HEADLINE REVIEW  
An imprint of HEADLINE PUBLISHING GROUP

Primera edición en español: octubre de 2020,  
previo acuerdo con  
Headline Review

© de la traducción: IGNACIO ALONSO BLANCO

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2020

[www.editorialberenice.com](http://www.editorialberenice.com)

Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA  
Maquetación: ANA CABELLO

Impresión y encuadernación:  
BLACK PRINT

ISBN: 978-84-18205-86-6  
Depósito Legal: CO-931-2020

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España/*Printed in Spain*

*Para mamá.*

*Echo de menos nuestros paseos y tu  
amor a la vida. Pero como siempre  
me decías: No llores, toma nota.  
Así que te prometo intentarlo...*

*Mi vela arde por ambos lados;  
No durará toda la noche;  
Ay, enemigos míos; oh, amigos míos...  
¡Da una luz hermosa!*

Edna St. Vincent Millay, «Primer higo»



## PRÓLOGO

*Viernes, 13 de febrero de 1959*

*Mi querida Elvira:*

*No sé por dónde empezar.*

*Solo eres una niña pequeña y me resulta muy difícil explicar con palabras que entiendas por qué he decidido abandonarte a ti y a este mundo. Eres mi hija, si no natural sí sentimental, y me destroza saber que esto que estoy a punto de hacer se añadirá al peso de la montaña de pena y dolor que has tenido que soportar durante los ocho años de tu corta existencia.*

Ivy hizo una pausa e intentó calmarse y lograr que el bolígrafo que sujetaba en la mano dejase de temblar lo suficiente para poder escribir. Echó un vistazo alrededor, por la enorme sala de secado donde se había escondido. Desde el techo colgaban grandes tendederos atestados de sábanas y toallas cuidadosamente lavadas por las ajadas e hinchadas manos de las muchachas embarazadas de la lavandería de St. Margaret, ya listas para pasar por la sala de plancha antes de salir a un mundo que esperaba las prendas y olvidaba a las lavanderas.

*De no haber sido por ti, Elvira, habría abandonado la lucha por permanecer en este mundo mucho antes. Desde que me quitaron a Rose no tengo ganas de vivir. Una madre no puede olvidar a su bebé, del mismo modo que el bebé no puede olvidar a su madre. Y te aseguro que si tu madre estuviese viva, estaría pensando en ti cada minuto del día.*

*Cuando escapes de este lugar, y lo harás, mi amor, debes buscarla. En los atardeceres, en las flores y en cualquier cosa que pinte en tu rostro esa hermosa sonrisa. Pues ella está en el aire que respiras, que llena tus pulmones y proporciona a tu cuerpo lo necesario para sobrevivir, crecer fuerte y tener una vida de plenitud. Fuiste amada, Elvirita, cada instante que estuviste en el vientre de tu madre. Tienes que creerlo y tenerlo siempre presente.*

Se tensó y se detuvo un momento cuando el sonido de pasos resonó en el piso de arriba, por encima de ella. Era consciente de que su respiración se había acelerado al compás de su ritmo cardiaco y bajo el mono marrón podía sentir una película de sudor formándose sobre su cuerpo. Sabía que no faltaba mucho para que regresase la hermana Angélica, cerrando de golpe su única ventana abierta al mundo, de la que disfrutaba cuando no era vigilada. Bajó la vista llevándola a esa carta escrita de cualquier manera, con el rostro de Elvira destellando en su mente, y tuvo que reprimir las lágrimas al imaginarla leyéndola con sus oscuros ojos castaños abiertos de par en par y sus pálidos dedos temblando mientras se esforzaba por asimilar las palabras.

*Ahora ya tienes en tus manos la llave que he guardado en esta carta. Es la que abre los túneles y lleva a tu libertad. Haré lo que pueda por distraer a la hermana Faith, pero no tendrás mucho tiempo. En cuanto salte la alarma de la casa, la hermana saldrá de la sala de plancha y tú*



*tendrás que irte. De inmediato. Abre la puerta del túnel situado al final de la sala, baja las escaleras, gira a la derecha y atraviesa el cementerio. Corre al edificio anexo y no mires atrás.*

Subrayó las palabras con tanta fuerza que el bolígrafo hizo un agujero en el papel.

*Siento no poder decirte todo esto en persona, pues temo que te enfades y nos traiciones. Anoche, cuando me acerqué a ti, pensaba que iban a dejarme ir a casa, pero no; ellas tienen otros planes para mí, así que voy a emplear mis alas para abandonar St. Margaret de otra manera, y esa será tu oportunidad para escapar. Debes permanecer escondida hasta el domingo por la mañana, hasta pasado mañana; así que procura llevarte una manta, si puedes. Mantente oculta.*

Ivy se mordió un labio con fuerza, hasta que el metálico sabor de la sangre llenó su boca. El recuerdo de entrar a hurtadillas en la oficina de la madre Carlin al clarear el día, aún estaba fresco, y también el de la expectativa de encontrar el archivo de su bebé... convertida en conmoción al descubrir que no había ni rastro del paradero de Rose. En vez de esa información, el archivo contenía seis cartas. Una de ellas estaba dirigida a la unidad psiquiátrica local, con la palabra «copia» estampada en una esquina, recomendando que fuese admitida de inmediato; las otras cinco habían sido escritas por la propia Ivy, rogando a Alistair que fuese a St. Margaret y los recogiese a ella y a su bebé. Una banda elástica las ceñía con firmeza, y en cada una de ellas estaba garabateada una frase con la letra de Alistair: *Devuélvase al remitente.*

Se acercó a la pequeña ventana de la oscura e infernal habitación donde había sufrido tanto dolor y observó el amanecer, sabiendo que para ella sería el último. A continuación introdujo las cartas para Alistair en un sobre que cogió del escrito-

rio de la madre Carlin, escribió aprisa la dirección de su madre y lo escondió en la bandeja de correo, antes de subir sigilosa las escaleras y regresar a su cama.

*Ahora, sin esperanza de lograr la libertad o de encontrar a Rose, ya no tengo fuerzas para continuar. Pero tú sí puedes, Elvira. Tu archivo me ha revelado que tienes una hermana gemela llamada Kitty, que probablemente no tenga idea de tu existencia, y que el apellido de tu familia es Cannon. Viven en Preston, así que vendrán a misa todos los domingos. Espera en el edificio anexo hasta que oigas las campanas y la gente comience a acudir a la iglesia, después escóndete en el cementerio hasta ver a tu hermana gemela. No me cabe duda de que la reconocerás, aunque irá vestida con un estilo un poco diferente al tuyo. Intenta llamar su atención sin que nadie te vea. Ella te ayudará.*

*No temas escapar y vivir una vida llena de esperanza. Busca el bien en todo el mundo, Elvira, y sé amable.*

*Te quiero, estaré observándote y te llevaré de la mano en todo momento. Y ahora, cariño mío, corre. CORRE.*

*Besos.*

*Ivy*

Ivy se sobresaltó cuando el pestillo de la sala de secado donde ella y Elvira habían pasado tantas horas juntas emitió un repentino chasquido y la hermana Angélica entró precipitadamente. Fulminó a Ivy con una mirada de sus ojos grises, entornados, ocultos tras las gafas de montura metálica colocadas sobre su nariz bulbosa. Ivy se apresuró a ponerse en pie e introdujo la nota en el bolsillo de su mono. Bajó la mirada para no establecer contacto visual con la monja.

—¿Todavía no has acabado? —ladró la hermana Angélica.

—Sí, hermana —dijo Ivy—. La hermana Faith dijo que podría conseguir un poco de TCP; ya sabe, el antiséptico. —Ocultó sus temblorosas manos en los bolsillos.

—¿Para qué?

Podía sentir los ojos de la hermana Angélica atravesándola.

—Algunos pequeños sufren unas horribosas úlceras bucales y tienen dificultad para comer.

—Esos pequeños no son de tu incumbencia —replicó la hermana Angélica, airada—. Bastante afortunados son por tener un techo sobre sus cabezas.

Ivy imaginó las filas de bebés tumbados en sus cunas con la mirada perdida; ya hacía tiempo que habían dejado de llorar.

—Traer TCP implica que tendré que ir hasta el almacén, y ya es hora de recoger la bandeja de la cena de la madre Carlin —continuó la hermana Angélica—. ¿No te parece que ya tengo bastante que hacer?

Ivy reflexionó un instante.

—Solo pretendía ayudarlos un poco, hermana. ¿No es lo mejor para todos?

La hermana Angélica la atravesó con la mirada, los pelos que sobresalían de la verruga que tenía en la barbilla se erizaron un poco.

—Va a resultarte difícil allí donde vas.

Ivy sintió la adrenalina corriendo por su cuerpo cuando la hermana Angélica dio media vuelta dispuesta a salir de la sala mientras buscaba las llaves para cerrar la puerta tras ella. Levantó sus manos temblorosas, tomó una profunda respiración, se lanzó hacia delante, agarró la túnica de la monja y tiró de ella tan fuerte como pudo. La hermana Angélica emitió un jadeo, perdió el equilibrio y cayó al suelo con un golpe sordo. Ivy se sentó a horcajadas sobre ella, le tapó la boca con la mano y se afanó en buscar las llaves sujetas al cinturón, hasta que, por fin, pudo soltarlas. Después, cuando la hermana Angélica abrió la boca para chillar, le cruzó la cara dándole un bofetón que la dejó sumida en un atónito silencio.

Jadeando con fuerza, y con el miedo y la adrenalina haciendo que los latidos de su corazón le doliesen, Ivy se obligó a levantar

tarse, salió corriendo de la sala y la cerró dando un portazo. Sus manos temblaban con tanta violencia que le costó encontrar la llave adecuada, pero al final se las arregló para colocarla en la cerradura y hacerla girar justo cuando la hermana Angélica sacudía el picaporte intentando abrir la puerta por la fuerza.

Se quedó allí un instante tomando profundas bocanadas de aire. Después desenganchó la enorme llave de latón que Elvira iba a necesitar para meterse en los túneles y la envolvió con la nota. Dio un tirón para abrir la puerta de hierro que daba a la rampa de la lavandería y besó la carta antes de arrojarla al lugar donde se encontraba Elvira, tocando el timbre para que supiese que estaba allí. Se imaginó a la niña esperando paciente la colada seca, como hacía al final de cada jornada. La inundó una oleada de emoción y sintió que le fallaban las piernas. Se inclinó hacia delante y lanzó un grito.

La hermana Angélica comenzaba a chillar y a golpear la puerta, y tras lanzar un último vistazo al corredor que llevaba a la sala de planchado y a Elvira, Ivy se volvió y echó a correr. Rebasó la pesada puerta de roble de la entrada. Tenía las llaves para abrirla, sí, pero ese camino solo la llevaría a un alto muro de ladrillo, coronado con alambre de espino, que no tenía ni fuerza ni ánimo para saltar.

Los recuerdos de su llegada, hacía ya unos cuantos meses, volvieron a ella como una riada. Se vio tocando la pesada campana del portón, con su enorme vientre dificultándole cargar con la maleta a lo largo del camino de entrada mientras seguía a la hermana Mary Francis, y sintió sus dudas asaltándola antes de cruzar el umbral de St. Margaret por primera vez. Se apresuró a subir las escaleras salvando los escalones de dos en dos, haciéndolos crujir, llegó arriba y se dio media vuelta, imaginándose a sí misma gritando a la niña que fue, diciéndole que huyese corriendo y jamás volviese la vista atrás.

Cruzó el rellano con sigilo, ya oía el murmullo de voces acercándose a ella, y se lanzó a la carrera dirigiéndose a la puerta

situada a los pies del vuelo de escalones que llevaba al dormitorio. En la casa había un silencio sepulcral; las muchachas cenaban en silencio, pues tenían prohibido conversar. Solo el llanto de los bebés en la guardería resonaba en la residencia. Pensó que la madre Carlin no tardaría en saber que se había ido y todo el edificio se pondría en estado de alerta.

Llegó a la puerta del dormitorio y echó a correr entre las filas de camas justo cuando la estridente señal de alarma comenzó a sonar. Al llegar a la ventana, la hermana Faith apareció al fondo de la sala. A pesar de su temor, Ivy sonrió para sí. Que la monja estuviese con ella implicaba que no estaba con Elvira. Pudo oír a la madre Carlin gritando desde la escalera.

—¡Deténgala, hermana, rápido!

Ivy se encaramó a la repisa y abrió la ventana usando las llaves de la hermana Angélica. Imaginó a Elvira corriendo a través de los túneles hasta salir a la libertad de la noche. Entonces, justo cuando la hermana Faith llegó hasta ella y la sujetó por el mono, extendió los brazos y saltó.



## CAPÍTULO UNO

*Sábado, 4 de febrero de 2017*

—¿Ya lo has arreglado?

Sam tiró del freno de mano de su maltratado Vauxhall Nova, deseando que fuese un nudo corredizo alrededor del cuello de su editor de noticias.

—No, todavía no. Acabo de llegar. He tenido que venir en coche desde Kent, ¿recuerdas?

—¿Quién más está por ahí? —ladró Murray por teléfono.

Sam estiró el cuello y vio a los sospechosos habituales bajo la llovizna, frente a la hilera de bonitas casas de campo alineadas en el camino, con sus jardines perfectamente cuidados.

—Pues Jonesey, King... y Jim está a la puerta ahora mismo. ¿Por qué he venido hasta aquí si Jim ya se ha hecho cargo de la historia? —Observó a uno de los gacetilleros más experimentados de la *Southern News Agency* intentando colarse por la puerta—. ¿No creerá que le estoy pisando la noticia?

—Me ha parecido que esta podría necesitar un toque femenino —dijo Murray.

Sam echó un vistazo a su reloj. Eran las cuatro de la tarde (faltaba poco para que las noticias de la sección nacional fuesen a las rotativas) y podía imaginar la escena desarrollada en

la oficina. Murray hablando por el móvil, chillando órdenes a todo el mundo mientras admiraba su propio reflejo en el cristal de las portadas enmarcadas de la *Southern News*. Koop estaría escribiendo a máquina, tirándose ansioso de su cabello despeinado, rodeado de tazas de café frío y bocadillos mustios, mientras Jen mascaba su chicle Nicorette y llamaba frenética a sus contactos intentando rellenar los huecos de su artículo. Después de colgarle el teléfono, Murray llamaría directamente al *Mirror* o al *Sun*, mintiéndoles, diciendo que Sam ya se estaba ocupando de la historia y que esperasen por ella para poner en marcha las rotativas.

—La verdad es que no estoy segura de ser la persona adecuada para esto —dijo ella, observando su reflejo en el espejo retrovisor, viendo las flores para el cumpleaños de su abuela marchitándose en el asiento trasero. Se suponía que debería estar en el piso de Nana hace una hora, haciéndose cargo de Emma y preparando la cena de cumpleaños.

—Bueno, la flor y nata de la cuadrilla ya se ha ido a los Premios de Prensa de esta noche. Tendrás que hacerlo tú.

—Genial. Es bueno saber que se me considera el sobrante de la agencia —masculló Sam.

—Llámame cuando tengas algo —dijo Murray, y colgó.

—Gilipollas.

Sam tiró el teléfono sobre el asiento del copiloto. Le parecía que las horas trabajadas aquella jornada a cambio de su magro salario ya implicaban un régimen de esclavitud, y encima esperaban de ella que entrevistase a los parientes del recién fallecido.

Presionó los ojos con las yemas de los dedos masajeándose las cuencas. Había creído saber qué era el cansancio antes de ser madre. La gente mentía a los padres primerizos diciéndoles que resistiesen, que a la sexta semana el bebé dormiría bien; lo cual era una mentira descarada. Después llegarían a acostumbrarse, pasado un año. Emma tenía cuatro y todavía era un milagro que durmiese toda la noche de un tirón. Antes, Sam



se quejaba del cansancio por haber dormido solo seis horas en vez de ocho, arrastrándose al trabajo abotargada por la resaca de una noche tomando copas. Ahora, a la avanzada edad de veinticinco años, se sentía como una anciana; la acumulación de cuatro años de privación de sueño había afectado a todos los músculos de su cuerpo y alterado su cerebro de tal modo que algunos días apenas sí podía construir una oración. Los días que Ben se quedaba con Emma, podía dormir al menos hasta las siete. Pero él los había reducido a dos jornadas semanales con la excusa de necesitar más tiempo para buscar trabajo, así que la mayoría de las veces tenía que levantarse con su hija a las seis y salir aprisa para llegar a tiempo a la guardería.

Suspiró y observó cómo Jim, rechazado, descendía por el irregular camino adoquinado para reunirse con los demás reporteros bajo un paraguas de golf. Conocía el paño, sabía que el paso por la puerta era un mal necesario en su trabajo, y también que eso era lo peor de ser reportero. Aunque le gustaban todos los miembros de la triste caterva apostada al final del camino de entrada a la casa de aquella pobre mujer, siempre los veía como una bandada de buitres volando en círculo sobre la carroña.

Ajustó el espejo, sacó su bolso de maquillaje y arregló lo mejor que pudo las partes de su rostro aún recuperables. Necesitaría una palada de base de maquillaje para rellenar la mella que tenía en el entrecejo por fruncir tanto el ceño. Cerró los ojos, retocándose el maquillaje, y regresó el recuerdo de la pelea que tuvo con Ben la noche antes. Siempre había tensión cuando iba a su casa a recoger a Emma, pues ambos intentaban no hablarse mal delante de su hija, pero anoche la cosa no salió bien. Fue una pelea encarnizada, eso lo tenía muy claro, pues el habitual intercambio de insultos pasó a ser un galimatías que terminó con ellos gritando tan fuerte que hicieron llorar a Emma. Sam se odiaba por involucrar a la pequeña en sus

riñas y odiaba a Ben por no intentar poner más empeño en disimular su desdén hacia ella.

Retrocedió ante la visión de su encrespado cabello y sacó la plancha rizadora portátil. Entre vestir a Emma y preparar el desayuno de las dos le quedaba poco tiempo para arreglarse por la mañana. Solía llevar sus tirabuzones rojizos apartados del rostro, y los cinco minutos que había conseguido los empleó para darle un golpe de secador a su pesado flequillo. Los tacones eran parte de su uniforme, y en cuanto al presupuesto, eBay era su mejor amigo. Jamás iba bien la jornada sin unos Louboutin o Dior que la alzasen en un mundo de hombres, aunque a menudo la banda se riese de ella cuando tenía que atravesar campos embarrados o aparcamientos inundados subida a unos tacones de vértigo.

—¡Hola, Sam! —saludó Fred al volverse y verla. Se apartó de la cuadrilla, tropezando con uno de los adoquines al apresurarse por llegar hasta ella. Avergonzado, se rio, echó hacia atrás su flequillo lacio y puso la mirada de cordero degollado que le reservaba en exclusiva.

—Hola, tú. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Sam tiró hacia delante el asiento del copiloto para coger su abrigo, el bolso y las flores de Nana del asiento trasero.

—No mucho. Es mi día libre y estaba practicando algo de escalada en roca ahí en Tunbridge Wells, así que acabo de llegar. —Sam, ciñendo su impermeable negro alrededor del cuerpo, pensó que la chaqueta encerada de Fred lo hacía parecer recién llegado de cazar faisanes.

—¿Por qué le ha dado a Murray por llamarte si era tu día libre? No es justo —dijo, revisando su teléfono mientras caminaba.

—Lo sé, me ha fastidiado un poco. La desavenencia me puso enfermo—dijo Fred, sonriendo.

—¿Estabas enfermo? Ay, Dios —Sam se apartó un poco de él.

—No, no me pasa nada; sería bueno estar enfermo —dijo Fred, avergonzado.

—Estar enfermo nunca es bueno cuando tienes una criatura de cuatro años. ¿Cuánto hace que llegaron los otros? —preguntó Sam mientras se acercaban a la cuadrilla, reunida formando grupo.

—Horas. Es una mujer dura; lo hemos intentado todos. Los del *Guardian* y el *Independent* también vinieron y se han ido. A esta no creo que puedas entrarle ni siquiera tú, Samantha —dijo Fred con la dicción de colegio privado que le había acarreado despiadadas chanzas por parte de la plantilla de la *Southern News*.

Sam le devolvió la sonrisa. Fred, con veintitrés años, solo era dos más joven que ella, pero al carecer de compromisos personales y ser un recién graduado lleno de heroicos ideales parecía pertenecer a otra generación. Para la mayoría de los empleados en la *Southern News* resultaba obvio que estaba perdidamente enamorado de Sam. A pesar del hecho de que fuese alto, guapo y en ocasiones divertido, con un interminable repertorio de zapatos de gamuza azul y gafas multicolores, a ella le costaba tomarlo en serio. Él estaba obsesionado con la escalada y, según se había podido enterar, pasaba los fines de semana trepando y después emborrachándose con sus amigos. No tenía idea de por qué le gustaba. Era una cascarrabias triste y agotada cuya mayor fantasía en el dormitorio consistía en lograr ocho horas de sueño ininterrumpido.

Llegaron cerca del grupo de prensa.

—Todavía no sé para qué te ha enviado Murray —dijo Jim por encima del hombro, dirigiéndose a ella. Sam sonrió al veterano empleado de la *Southern News* que tanto le costaba ocultar el hecho de que, según él, ella estaría mejor en la oficina preparando té.

—¡Tampoco yo, Jim! ¿Estoy aceptable? —dijo, volviéndose a Fred, que se sonrojó ligeramente.

—Sí, por supuesto. —Y ansioso por cambiar de tema se apresuró a añadir—: Cuídate de la vieja bruja que vive al lado. Parece capaz de atacarnos con su andador.

Todas las miradas se posaron en Sam al rebasar la cuadri-lla y entrar en el camino sujetando el ramo de flores contra su pecho, como una novia asustada. Al acercarse a la puerta advirtió la presencia de una señora anciana asomada a la ventana de la casa contigua. Había apartado sus cortinas de gan-chillo y miraba fijamente. Fred tenía razón, realmente pare-cía una bruja. Tenía los ojos desorbitados, el largo cabello gris suelto cayéndole sobre los hombros y sus huesudos dedos blan-cos por sujetar la cortina con mucha fuerza. Sam inspiró pro-fundamente y llamó al timbre.

Pasaron unos buenos dos minutos antes de que Jane Connors abriese la puerta con el rostro ceniciento.

—Buenos días. Siento molestarla en un momento tan difi-cil —Sam miró directamente a los enrojecidos ojos de la mujer—. Me llamo Samantha y represento a la *Southern News*. Quisiéramos brindarle nuestras más sinceras condolencias...

—¿Es que no pueden dejarnos en paz? —replicó la mujer con tono cortante—. Como si no fuese lo bastante duro ya. ¿Por qué no cogen y se van?

—La acompaño en el sentimiento, señora Connors.

—¡No, no me acompaña! Si así fuese, no estaría aquí haciendo esto... En el peor momento de nuestras vidas —le tembló la voz—. Solo queremos que nos dejen en paz. Debería darles vergüenza.

Sam esperó a que se le ocurriesen las palabras adecuadas y después humilló la cabeza. La mujer tenía razón. Debería darle vergüenza, y le daba.

—Señora Connors, detesto esta parte de mi trabajo. Ojalá no tuviese que hacerla. Pero sé por experiencia que a veces la gente desea rendir tributo a sus seres queridos. Quieren hablar con alguien capaz de narrarle al mundo sus historias. En su caso,

podría hablarnos de con cuánta valentía su padre intentó salvar a su hijo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de la mujer al acercarse a la puerta.

—No hable de ellos como si los conociese. No sabe nada de ellos.

—No, no sé nada de ellos pero, por desgracia, mi trabajo es averiguarlo. Todos esos reporteros de ahí fuera, incluida yo, tenemos unos jefes muy duros que no nos permitirán volver a casa, con nuestras familias, hasta que usted hable con nosotros.

—¿Y si me niego? —La señora Connors echó un vistazo a través de la puerta entreabierta.

—Pues hablarán con otros miembros de su familia, o con los tenderos de la zona, o escribirán artículos basados en una información potencialmente inexacta procedente de vecinos bienintencionados —Sam hizo una pausa—. Para los lectores, ese será un recuerdo perdurable que con el paso de los años a usted le puede molestar incluso más que todo esto.

Para entonces la mujer miraba al suelo con los hombros caídos. Estaba destrozada. Sam se odiaba.

—Son para usted —dejó las flores en el umbral de la puerta—. Bueno, en realidad eran para mi abuela (hoy es su cumpleaños) pero a ella le hubiese gustado que las recibiese usted. Por favor, de nuevo le pido acepte mis más sinceras disculpas por entrometerme. Esperaré media hora y después me iré. No volveré a molestarla —Comenzó a regresar bajando por el camino adoquinado, esperando que sus tacones no la hiciesen tropezar frente a la aburrida pandilla.

—¿Podría comprobar antes qué va a escribir? —La voz de la señora Connors sonaba desmayada.

Sam dio media vuelta.

—Por supuesto. Usted podrá leer hasta la última palabra antes de que entregue el artículo —sonrió a la mujer con dul-

zura mientras esta miraba al húmedo pañuelo apretujado en su mano.

Sam observó que la anciana de al lado se encontraba en la entrada de su casa, con la puerta abierta, sin apartar la vista de ellas. Debería de tener más de noventa años. ¿Cómo sería eso de ser tan anciana, de haber vivido tantas cosas? La mujer estaba casi doblada en dos sobre su andador; en la mano tenía una mancha senil que parecía un enorme moratón. Su rostro en forma de corazón estaba pálido, excepto por el pintalabios rojo oscuro que llevaba.

—Bueno, entonces supongo que será mejor que entre —dijo la señora Connors, abriendo la puerta de par en par.

Sam lanzó una mirada hacia la cuadrilla y después a la señora anciana, que tenía sus pálidos ojos azules fijos en ella. No era extraño que los vecinos se involucrasen cuando la prensa pululaba por los alrededores, pero su presencia solía ir acompañada de juramentos. Le ofreció una sonrisa a la mujer, que no obtuvo respuesta, pero cuando se volvió para cerrar la puerta tras ella levantó la vista y sus miradas se cruzaron.